

Don Quixote, que él le (s) dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas á contentar con ménos que con ser Adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien, y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso, que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubriéron treinta ó quarenta molinos de viento que hay en aquel Campo, y así como Don Quixote los vió, dixo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear. Porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien

pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Que gigantes? dixo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspás, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba

ya bien cerca, lo que eran; ántes iba diciendo en voces altas: non fuyádes, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspás comenzaron á moverse, lo qual visto por Don Quixote, dixo: pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre (1), arremetió á todo el galope de Rocinante, y envistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y quando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios!

(1) Era un hierro que se introducía en el peto á la parte derecha, donde encaxaba el cabo de la manija de la lanza para afirmar en él.



dixo Sancho : ¿ no le dixe yo á vuestra merced, que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras están sujetas á continua mudanza: quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba, y hablando en la pasada aventura, siguiéron el camino del puerto Lápice: porque allí decia Don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dixo: yo me acuerdo haber leído, que un caballero Español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en

una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Várgas y Machuca (1). Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. Á la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo así, como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió Don Quixote, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se

(1) Sucedió este caso en la conquista de Xerez quando se ganó de los moros: sobre que se escribieron varios romances.

le salgan las tripas por ella (1). Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara, que vuestra merced se quejara quando alguna cosa le doliera. De mí sé decir, que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dexó de reir Don Quixote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró, que podia muy bien quejarse, como y quando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leído cosa en contrario en la órden de caballería. Díxole Sancho, que mirase, que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entónces no le hacia menester, que comiese él quando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas re-

(1) Regla nona: que ningun caballero se queje de alguna herida que tenga. (Marquez. Tesoro: f. 50.)

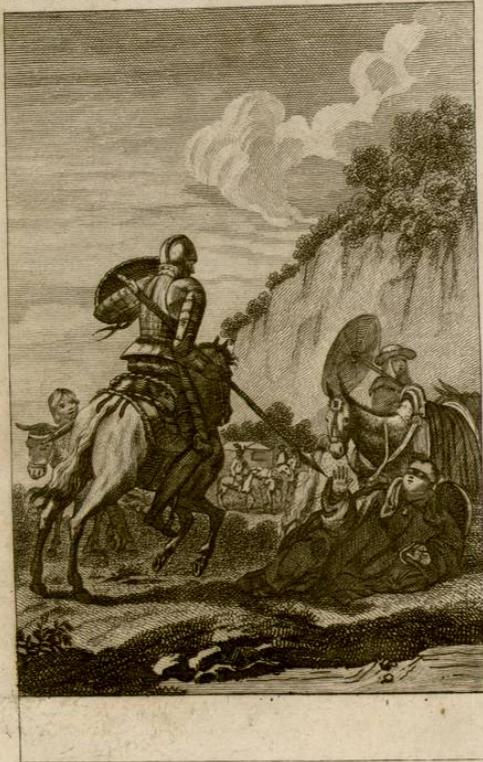
galado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quixote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, quando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y afli-

giósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del día le descubrieron. Aquí, dixo en viéndole Don Quixote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres, que los que me ofenden es canalla y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten, que cada uno se defienda de quien

quisiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió Don Quixote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo. Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frayles de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios: que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con quatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora Vizcaina, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frayles con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apénas los divisó Don Quixote, quando dixo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: mire, señor, que aquellos son frayles de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera. Mire que digo, que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás: y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, que á él le pareció que le podian oír lo que dixese, en alta voz dixo: gente endiablada y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas, que en ese coche llevais forzadas; si no, aparejáos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuviéron los frayles las riendas, y quedáron admirados, así de la figura de Don Quixote, como de sus razones, á las quales respondiéron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos, si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo

os conozco, fementida canalla, dixo Don Quixote: y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baxa arremetió contra el primero frayle, con tanta furia y denredo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mesmo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al frayle, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frayles, y preguntáronle, que porque le desnudaba. Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla, que su señor Don Quixote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quixote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetiéron con Sancho, y diéron con él en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas le moliéron á coces, y le



dexáron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido : y sin detenerse un punto , tornó á subir el frayle todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro : y quando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en que paraba aquel sobresalto : y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguiéron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quixote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole : la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, caballero andante y aventurero (*t*), y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso. Y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa, sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Qui-

xote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era Vizcaino: el qual viendo, que no queria dexar pasar el coche adelante, sino que decia, que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quixote, y asiéndole de la lanza, le dixo en mala lengua castellana, y peor vizcaina desta manera: anda, caballero, que mal andes. Por el Dios que crióme, que si no dexas coche, así te matas como estás ahí Vizcaino. Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual replicó el Vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como christiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas (1): Vizcaino

(1) Dicese este refran del que vence á otro porfiando ó riñendo. Está tomado del juego en que atados dos á una sogá, cada uno de su cabo, forzejean cerca de algun pantano para mayor diversion, y el que echa al otro en él, vence. De otro modo jugaban tambien este juego los griegos y romanos, de quienes vino á España segun dice Rodrigo Caro en sus: *Dias Geniales ó Ludiceros*. (Dialogo V, §. I.) Covarrubias le da otro origen en su *Tesoro* en la palabra *Gatear*.

por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo verédes, dixo Agrages (1), respondió Don Quixote: y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al Vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada. Pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego fuéron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el Vizcaino en sus mal travadas razones, que si no le dexaban acabar su batalla, que él mesmo habia de matar á su ama, y á toda la gente, que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero, que se desviasse de allí algun

(1) Expresion que suele usar Agrages, hijo del rey Langüines, grande amigo de Amadis, en cuya historia se introduce con frecuencia.

poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda: en el discurso de la qual dió el Vizcaino una gran cuchillada á Don Quixote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurar-lo todo á la de un solo golpe. El Vizcaino, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage, y determinó de hacer lo mesmo que Don Quixote: y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quixote, contra el cauto Vizcaino, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el Vizcaino

no le aguardaba ansimesmo, levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes, con que se amenazaban, y la señora del coche, y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las Imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro, en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose, que no halló mas escrito destas hazañas de Don Quixote de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer, que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginacion, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el qual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte (v).